

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58, 7-10): *Tu oscuridad se volverá mediodía.*

Salmo (111, 4-5, 6-7, 8a y 9): *«El justo brillará en las tinieblas como una luz».*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 1-5): *Anunciamos a Cristo crucificado.*

Evangelio (Mateo 5, 13-16): *Vosotros sois la sal de la tierra.*

Llama la atención escuchar a Jesús que nos define a sus discípulos como «*sal de la tierra*» y «*luz del mundo*». Hemos perdido relevancia social, a veces tenemos la sensación de que detrás de nosotros no hay relevo en la Iglesia Y hoy escuchamos: «*Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo*».

Desde la fe en Jesús es una ventaja la situación secularizada que nos está tocando vivir. De esa forma somos colocados donde Jesús quiere que estemos situados sus discípulos: en el corazón de mundo, en medio de las gentes. «*En las periferias existenciales de los seres humanos*», según el papa Francisco.

Con frecuencia hemos sido educados en ideales grandiosos. Y así confundimos nuestro ser discípulos y la misión que nos corresponde con comprometernos en tareas de atención a los necesitados, a los enfermos, a la catequesis parroquial, a una organización humanista, a un movimiento eclesial...

Sí, todo eso está muy bien, es verdad, pero cuando descubrimos que nuestra misión prioritaria está en la vida ordinaria y anónima (familia, trabajo y relaciones), entonces la necesidad de hacer algo especial enmascara nuestra vanidad y quizá algo peor: nuestra fe superficial y nuestro amor rácano. “*Damos sabor*”, si nuestra calidad de vida lo tiene. “*Somos luz*”, si nuestra existencia es luminosa.

En continuidad con las Bienaventuranzas del último domingo Jesús nos dice, al final del evangelio de hoy, que nuestra luminosidad tiene como finalidad que nuestras buenas obras den gloria a Dios Padre. **¿Qué obras dan gloria a Dios Padre?** Sin duda: las obras que brotan de vivir según las Bienaventuranzas que la Iglesia nos ofrecía el domingo pasado.

Si alguien nos ve felices cuando las cosas no nos van bien, que somos libres sin necesidad de afirmarnos a nosotros mismos, que tenemos paz de fondo cuando los problemas se nos amontonan, que nos olvidamos fácilmente de nosotros mismos en favor de los demás... Entonces es posible que alguien se entere de que nuestras obras remiten a Dios, aunque es posible que muchos no se enteren. Pero eso no nos importa, porque no vivimos para que nos importe.

Jesús se fía y nos confía su propia misión. El secreto está en la mirada con que miramos esa vida ordinaria. Renovada esa mirada cada mañana, nos permite mirar a Dios en ese breve momento de oración. Nos permite mirar a los nuestros, familiares, conocidos, compañeros con los que nos vamos a encontrar en el trabajo. **¿Quién nos impide darles rostro y dignidad de personas? ¿Cómo te mira a ti, cómo los mira a todos ellos el Padre del cielo?** Renovar nuestra mirada es una dosis de esperanza cada día. Justo la que necesitamos, ni más ni menos.

¿Qué puesto nos toca ocupar o qué función desempeñar en ese Reino de Dios anunciado por Jesús? Muchos deseamos vivir el evangelio, buscar la perfección y deseamos y buscamos algo como receta espiritual para vivir la vida conforme a ese ideal.

Con las metáforas de la “*luz*” y de la “*sal*” nos pone Jesús bien claro cómo deben comportarse en el mundo los que quieran asimilar los comportamientos cristianos: la “*sal*” da sabor y preserva de la corrupción. La “*luz*” ilumina y permite ver a dónde y por dónde se va.

Esa misma función debemos tener los discípulos, primero para nosotros mismos y después para los demás. Si un día perdemos el sabor o nos ocultamos hasta pasar desapercibidos y, nos confundimos en todo con los demás, ya no servimos ni valemos para nada.

En el Vaticano II, la Iglesia se autodefine como “*luz de las naciones*”. Para cumplir es función de iluminar tiene voluntad de instalarse en medio de la sociedad de los hombres haciendo suyas sus preocupaciones, problemas, miedos y esperanzas. Lo mismo que antes hizo Jesús.

Jesús, viviendo entre los suyos fue pan para los hambrientos, luz para los ciegos y consuelo para los tristes. La tarea de la Iglesia y de cada uno de sus miembros consiste en analizar su entorno dentro de la sociedad, que nos ha tocado vivir, para ver cómo podemos ejercer en ella la función de ser “*sal y luz*”.